cia de aquella perdida alma, con grande valor y severidad le dijo: «Sábete que antes escogeré la muerte que cometer este pecado.» Replicó la india con temeraria osadía y desvergüenza: «¿ Cómo quieres que crea yo eso? No lo creeré hasta verlo.» Aquí, esforzándose el Ministro santo, y como se debe creer, con impulso del Cielo, le dijo: «Aguarda, verás la prueba de lo que te he dicho.» Y diciendo y haciendo, sacó el cuchillo de un estuche que tenía; y ya que no le era lícito quitarse la vida, pero con sus mismas manos se dió tal herida en una pantorrilla, atravesando el cuchillo de parte á parte, de suerte que comenzó á correr gran copia de sangre de la herida, quedando casi desmayado el santo P. Gabriel Díaz, pero victorioso del lazo y lance que el demonio le había armado; porque atónita del caso la india, salió confesando á voces su pecado. Acudieron algunos de sus feligreses al ruido, y hallaron al Padre con el susto y herida desmayado; pero quiso Nuestro Señor favorecer la heroica acción de su siervo, con que al día siguiente apenas le quedaba señal de la herida que se había inferido en defensa de la honra de Dios y de la castidad digna de un Mi-

A este paso corrían las demás heroicas virtudes de este santo varón. Su religiosa y perfecta obediencia no há menester otra prueba que la que con la obra dió, cuando siendo de la edad que era, y habiendo aprendido la lengua tarasca, trabajado entre indios tantos años y ayudado en otros ministerios á españoles, como si entonces comenzara de nuevo, y como ordenándole los Superiores ó Dios que los gobernaba que olvidara todo lo pasado (como lo hacía San Pablo), le mandaron que entrase á doctrinar una gente bárbara, aprendiese su lengua (empresa de tanta dificultad), la cual aceptó sin género de repugnancia, ni la más mínima demostración de menos rendimiento en obedecer, resignándose todo en las manos de la obediencia, que son las de Dios. Y el que era tan obediente en cosas humildes, en lo que parece que no se podía vencer la grande humildad de este siervo de Dios, era en aceptar cargo de gobierno y superioridad. Después de su dichosa muerte se hallaron entre sus papeles dos ó tres patentes en que nuestro P. General lo señalaba por Rector de algunos Colegios en la Provincia: pero al humilde Padre no le faltaron medios para excusarse de cargos honrosos y de autoridad. Y era dicho suyo hablando con los conocidos: «Darme oficio ni mando, no lo intenten, por Dios, mis Superiores; pero si quieren que vaya á otra nueva misión, no abrirán tan presto la boca en significármelo, cuanto seré yo pronto en obedecerles.»

A esta obediencia del P. Gabriel Díaz, acompañado de su grande humildad, se le juntó una caridad y compasión de pobres maravillosa, acudiendo á sus hijos y feligreses con una exactísima puntualidad en todos sus menesteres, especialmente en los del alma y ministerios de su salvación. Y no sólo á los indios, sino también á los españoles de la comarca, que tenían necesidad de su ayuda. Materia en que le sucedieron casos maravillosos, y en que se mostraba lo mucho que se servía de este su fiel ministro Dios Nuestro Señor, y dejando otros, contaremos uno que fué muy célebre: «Pasaba un español de México para las minas ricas del Parral en tiempo que corría la fama de su prosperidad, y codicioso pasaba á ver si podía tener parte en ella; pero llevábalo Dios para resucitarle el alma á la vida de gracia. Porque este hombre había muchos años que, arrastrado de sus vicios y pecados

había cometido algunos tan feos y abominables, que no había tenido ánimo para descubrirlos al confesor, con que las confesiones que hacía eran inválidas y las comuniones sacrílegas, y su alma estaba hecha una madriguera de infernales serpientes. Yendo, pues, caminando para el Parral, perdió el camino que había de llevar, y llegó á un paraje que llaman de los Charcos, donde entre unos cerros y aquella soledad, oyó una voz tan tremenda que hiciera impresión en un bronce, y por otra parte nacida de divina piedad, que le decía: «¡Adónde vas, desdichado? vete adonde el P. Gabriel Díaz está.» No estaba su casa muy lejos de donde sonaba la voz. El pobre pecador, ni conocía al P. Gabriel Díaz, ni veía quién le hablaba, y despavorido, y como fuera de sí, recobrándose un poco volvió á caminar unos pasos, y por tres veces volvió á oir las mismas voces en la forma que habían resonado la primera vez. Aqui el atemorizado pecador, casi fuera de sí, soltando la rienda á la cabalgadura, y metiéndole espuela, comenzó á huir sin saber adónde había de ir á parar. Pero Nuestro Señor, que parece que todavía desde el cielo buscaba las ovejas perdidas, llevó á parar à ésta à un pueblo de españoles, llamado el Valle de San Bartolomé. Aquí preguntó quién era el P. Gabriel Díaz, quién lo conocía y cuál era el pueblo donde vivía? Respondiéronle que había pasado por cerca de él, y que ya lo había dejado 10 leguas atrás. Descansó un rato del susto con que había caminado, y volviendo á caminar fué en busca del Padre, á quien ya Nuestro Señor parece había dado noticia del pecador que le traia á sus pies para que lo remediara. Fuése derecho á la casa del Padre, que ya estaba aguardándolo á su puerta, y con rostro risueño, luego que se apeó, le echó los brazos encima, y llamándole por su nombre le dijo: «Venga vd. conmigo, señor fulano, que aguardándolo estaba.» Quedó con esto más atónito el español, cuando se oyó nombrar por su nombre; y conociendo en el semblante venerable del Padre y en sus palabras lo mucho que tenía Dios depositado en el alma de este su siervo, determinó con veras descubrirle todo su corazón y su pecho. Recibióle dentro de su casa, y regalándole con lo que tenía, comenzó á trabar plática con el huésped, y al descuido le dijo algunas cosas que sólo él mismo y Dios pensaba que las sabían, con lo cual quedó como fuera de sí, arrojándose á los pies del Padre que le parecía que tenía espíritu de profecía. Consolólo el varón de Dios, diciéndole que el remedio de todo su mal estaba en una buena confesión, y que para ésta era menester tiempo; que no le diese cuidado cosa de esta vida, que él se encargaba de cuanto hubiese menester aquellos días, y dejólo acomodado en un aposento, diciéndole que el día siguiente comenzaría su confesión. Hacíansele los instantes siglos para llegar á los pies del que había de remediar su alma; oyóle el P. Gabriel Díaz con benignidad y clemencia, por espacio de cinco días enteros, los pecados y culpas de aquella oveja perdida, gauada ya para Dios. Y bien se echaba de ver en sus gemidos y lágrimas, que eran en tanta abundancia, que apenas podía formar las palabras, y á ratos era menester que el Padre le confortase trayéndole á la memoria la infinita misericordia de Dios. Y bien la mostró en este caso su divina bondad, pues por caminos tan maravillosos trajo á los pies de un Padre tan benigno y caritativo, como siempre fué el P. Gabriel Diaz, á este pobre y miserable pecador, que quedó consolado y encaminado por la senda segura de su salvación. No era este ministro del Señor del espíritu de aquellos confesores que se cansan de oir y remediar pecadores llenos de llagas encanceradas y almas cubiertas de la lepra de culpas, antes á esas procuraba curar con más benignidad, y por verlo tan compasivo se las traían para que las curase. Cristo Nuestro Señor, en semejantes casos maravillosamente le solía

favorecer, como en el caso que se sigue se conocerá.

Contaba un español, que se halló en compañía del Padre y fué testigo del caso, que llegaron una noche á la puerta del Padre unos indios, llamándole á gran prisa para confesar un enfermo que estaba en su milpa lejos de allí, y muy apretado de la enfermedad. Despachó luego el Padre á toda prisa por su mula al campo, para irle á socorrer. El mozo, por flojedad ó por volver más presto, sin reparar echó mano de la primera bestia que topó, que siendo un macho cerrero y furioso se dejó coger; lleváronle al patio de la casa del Padre, donde con grande mansedumbre se dejó ensillar y enfrenar; el Padre, con la oscuridad de la noche, ó con el cuidado de acudir presto á su enfermo, no lo reparó; subió en él, caminó con mucho descanso, confesó al enfermo y volvió á su casa con toda seguridad; pero en habiéndose apeado el Padre, al quererle desenfrenar y quitar la silla, el que se había mostrado tan manso, haciendo ya de las suyas, se enfureció de manera que seis hombres, y uno de ellos vaquero, no lo podían sujetar; y dando bufidos arremetía á saltar las tapias de la cerca, sin dar lugar, con corcovos y coces, á que le pudiesen quitar la silla ni desenfrenar; los que se hallaron presentes juzgaron el caso por milagroso, y que un macho cerrero y tan bruto se hubiese mostrado como una mansa oveja para llevar y traer al santo Padre, á quien Dios quería favorecer y guardar. Otro caso semejante contamos en nuestro primer tomo de las Misiones, que obró Dios con otro de estos santos ministros; pero éste es diferente de aquel, porque multiplica su Majestad sus favores con ministros que con tanto fervor y fidelidad le sirven.

cen lo que tenta comenzo. VI o modicien con el huesped, y al

Padece una grave persecución este siervo de Dios, y su dichosa muerte.

Y porque no le faltara á este varón apostólico aquel ejercicio de virtud que á los tales anunció Cristo cuando dijo: Si me persecuti sunt, et vos persequentur, escribiremos aquí una harto grave persecución que padeció este siervo de Dios, con notable ejemplo de paciencia. El partido y pueblos que el Padre doctrinaba, caía en el riñón de la Gobernación de la Nueva Vizcaya, de las Indias, donde en este tiempo se movieron grandes diferencias de muy pesados pleitos en materia de jurisdicción, en Provincia que en grado de apelación está sujeta á la Real Audiencia de Guadalajara, llegaron á muy graves encuentros estas diferencias; las personas que en ellas entraban eran muchas y poderosas. El P. Gabriel Díaz, que se hallaba cerca de este incendio, procuraba cuanto era de su parte apagarlo, con caridad cristiana de Religioso santo que era. Pero lo que le sucedió fué lo que á los que quieren meter paz entre aquellos que furiosamente pelean: que salen con las manos en la cabeza; bien las cargan los golpes de su indignación y cólera.

Así le sucedió á este siervo de Dios, que lastimado de ver ocasiones de tantos alborotos y ruinas, y deseando atajar este incendio, hablando con caridad cristiana á unos y otros, los procuraba componer, teniéndolos en su corazón á todos. Pero lo que resultó de aquí fué, que volviéndose contra el santo varón la parcialidad de algunos apasionados y desenfrenados en la lengua, no perdonaron á injuriosas palabras, llamándole apasionado, hipócrita, tirano de indios, al que era su querido Padre que los amparaba; no parando sus querellas, quejas y desdoros hasta llevarlos á tribunales seculares y al de su Superior mayor, escribiendo contra él muchas cartas al Padre Provincial; pero el Superior amparó su inocencia y su religión y santidad, conocida de todos. El siervo de Dios, cargado de acusaciones, testimonios y afrenta, armándose con el escudo de la caridad y paciencia, dejó esta causa totalmente en las manos de Dios, remitiendo la defensa de ella á su soberano Tribunal. Y sucedió así, porque estando el P. Gabriel Díaz muy al cabo de la enfermedad de que murió en el pueblo de su doctrina (como después diremos), y sabiendo uno de los principales fautores y promotores de su persecución, estimulado de su conciencia, le vino á ver y á pedirle perdón de lo pasado; de lo cual, avisándole otro Padre que allí le asistía, solamente le respondió estas palabras: est Deus qui iudicet. Y sin hablar más palabra el santo varón, espiró muy en breve. Lo que quiso dar á entender, fué que aquella causa desde el principio, sin defenderse en ella, la había puesto en las manos de Dios, y que va no era más parte en ella, que á Su Majestad pertenecía el juzgarla. Lo que pasó en este juicio de Dios no se supo; pero sí que este hombre, estando muy entretenido en pleitos, murió arrebatadamente y con poca prevención para ella. No así la muerte del P. Gabriel Díaz, que habiendo vivido en la Compañía de Jesús con grande ejemplo de religión, padecido grandes trabajos en ayuda de la salvación de las almas, finalmente quiso Nuestro Señor que llegase el tiempo de premiar en la bienaventuranza tan grandes ejemplos de toda virtud. En sus postreros años andaba este apostólico misionero con achaques continuos, causados de su vejez y ancianidad, y sobre eso, del rigor grande con que se trataba, sin cuidar de alivio ni regalo propio. Crecieron de manera esos achaques, que le derribaron en una cama; y sospechando que ya el remate de su vida se le acercaba, envió á avisar al Padre misionero más cercano, el cual luego le vino á asistir, servir y consolar á este siervo muy querido de Cristo, y habiéndole ayudado con todos los medios que la Iglesia santa dispone para aquel trance, dió su espíritu al Señor en el mismo pueblo de su feligresía, y apacentando las ovejas que Dios le había encomendado; las cuales, con sus lágrimas y gemidos, mostraron bien el sentimiento grande de la pérdida de tal Padre; y este amor y estimación les quedó de suerte arraigado, que queriendo después los españoles de un real de minas (llamado Indehe) trasladar á su Iglesia el cuerpo de un tan santo apostólico varón como el P. Gabriel Díaz, y tener en ella los despojos de un alma que gozaba de eterna gloria, y habiendo dispuesto para esta traslación el aparato de cera y acompañamiento que su cristiano celo y magnificencia de mineros les dictaba; entendiéndolo los indios, aunque bárbaros, y conociendo el bien que se les podía seguir de tener el cuerpo de su santo Padre en su pueblo é Iglesia, tomaron las armas de sus arcos y flechas, y cercando la Iglesia se pusieron en su defensa, cerrándoles el paso á los españoles; ellos, por excusar ruidos en tierra nueva no prosiguieron en su intento; y algunos atribuían esto á que el santo Padre amaba tanto á sus indios, que aun en la muerte no había querido desampararlos. El Padre misionero que tuvo por vecino de su misión y trató muy de próximo al P. Gabriel Díaz y le asistió á su muerte, escribiendo de ella afirma haber sido el santo varón un espejo de apostólicos misioneros, desengañado de todo lo que es estimación propia, y que su vida fué raro ejemplar de virtud; de que se puede gloriar nuestra Provincia de haber tenido tal hijo y soldado tan insigne de su escuadra. Pasó de esta vida mortal á la eterna el venerable Padre el año de 1648, y siendo de edad de 70, poco más ó menos.

CAPITULO X.

REFIÉRENSE LAS MUY EJEMPLARES

VIRTUDES Y DICHOSA MUERTE DEL P. CORNELIO BEUDIN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,

QUE MURIÓ Á MANOS DE BÁRBAROS GENTILES Y OTROS APÓSTATAS DE NUESTRA SANTA FE,

POR LA PREDICACIÓN DEL SANTO EVANGELIO.

Aunque en el Tomo de los «Triunfos de la Fe» dejamos escritas las gloriosas muertes de veinte hijos de la Compañía y esclarecidos Ministros del santo Evangelio, que por predicarlo y extender la gloria del nombre de Cristo Nuestro Señor entre naciones gentiles y bárbaras derramaron su sangre y triunfantes entraron en la gloria, como podemos y debemos creer de tan dichosas muertes. Después acá, en los nueve años que há que se escribió aquella historia, ha querido Nuestro Señor que se haya aumentado este número de gloriosos soldados de Cristo con el de otros dos, que habiendo padecido muchos trabajos por ayudar á la salvación de las almas en estas empresas evangélicas, y por la gloria de Dios, tuvieron el mismo glorioso martirio que padecieron sus Hermanos, por la dilatación de la santa fe.

El primero de estos dos evangélicos Ministros fué el P. Cornelio Beudin, natural de Gravelingas, en Flandes; hijo de padres honrados y de caudal, y á quien desde su tierna edad previno Dios con deseos eficacísimos de entrar en la Compañía. Y como sabía que el medio principal y único para conseguir su pretensión era el de la virtud, la procuraba ejercitar en todo lo que obraba y hacía, frecuentando desde su tierna edad los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, con que vino á alcanzar tal grado de virtud, que los Superiores, antes de admitirle en la Compañía, le encargaron por más de un año una de las clases de Gramática, ocupación que ejercitó con notable aprovechamiento suyo y de sus discípulos. Después fué admitido á la Compañía, donde siempre dió á los nuestros muchos ejemplos de virtud; y en los estudios y facultades que para el grado del sacerdocio se pide en nuestra Compañía, salió muy aventajado estudiante.

Ordenado de Sacerdote deseó pasar al Japón para derramar, por la predicación del santo Evangelio, su sangre; pero viendo que no lo podía conseguir por el alzamiento de Portugal, habiendo sabido que había llegado á España el Padre que iba por Procurador á Roma, de la Provincia de Nueva España, escribió á N. P. General ofreciéndose para pasar á esas partes; y habiéndole su Paternidad concedido esta petición y dádose á mí parte de ella (por ser el Procurador que de la Nueva España había ido á Roma), le escribí significándole de cuánto gusto había sido para mí esta asignación, á que me respondió la carta que pondré aquí, porque en ella se manifiesta el celo santo con que este Ministro evangélico pasó á las Indias para emplear su vida en ayuda de la salvación de las almas, y en particular en reducir indios gentiles á nuestra fe. Y la carta que me escribió en latín desde Lovaina, vuelta en romance, dice así: « No sufre mi afecto dilatar más el escribir á vuestra reverencia significando el amor que tengo, así á vuestra reverencia como á los demás compañeros suyos, que tanto amo en el Señor: ojalá pueda vo en el discurso de mi vida corresponder á las muchas caridades que vuestra reverencia me hace, sin haberme visto ni conocido: estos son deseos; pasemos á las obras. Abrazo con todo el afecto de mi corazón la suave disposición de la Divina Providencia, tocante al feliz empleo de mi persona, por lo cual le doy las gracias, así yo como los demás compañeros que vamos de esta Provincia á tan gloriosa empresa; agradezco sobre manera la suma benevolencia, así de vuestra reverencia por haberme admitido por compañero (aunque de todo indigno) de sus apostólicos empleos, como de la benignidad de nuestro muy reverendo Padre General en haberlo confirmado. En recompensa de tan singulares favores, como de Dios y de mis Superiores he recibido, ofrezco con alegría el cuerpo, alma, y vida y sangre. Demás de lo dicho, ruego á vuestra reverencia me avise con claridad del estudio, así de virtudes para el ejemplo, como de lo demás necesario que convenga para la salvación de las gentes que habitan la Nueva Vizcaya, y me será de consuelo saber de cierto el tiempo de nuestra partida, para disponer nuestro viaje. Procuraré llevar algunos instrumentos músicos en que soy versado, buscando de limosna el precio de ellos. Concluyo con decir que es ardentísimo el deseo que tengo de ver á vuestra reverencia, á quien Nuestro Señor, etc.»

Hasta aquí la carta del P. Cornelio, el cual muy en tiempo llegó de Flandes á Cádiz, para poderse embarcar con los demás compañeros que veníamos para la Provincia de Nueva España. En el viaje de nuestra navegación era tanta la alegría del P. Cornelio, que la pegaba á los demás que veníamos en el navío; y como era tan diestro en el canto y música de instrumentos, llevaba á mano un rabelito que algunos días, al anochecer, tocándolo suavisimamente, cantaba algún Salmo ú otra cosa devota, de que gustaba tanto la gente del navío, que ella misma pedía que el Padre los consolase en su navegación con ese devoto entretenimiento, lo cual él hacía con gran gusto, por el que tenía de ver que ya se le iba acercando el cumplimiento del antiguo deseo que Dios le había dado, de verse empleado en la conversión de gentes que vivían en las tinieblas de su gentilidad. Habiendo, pues, dádonos Nuestro Señor feliz viaje en nuestra navegación, llegamos al puerto de la Veracruz por Septiembre de 1647 años, con catorce Padres y Hermanos de la Compañía, y en habiendo descansado dos días